

blica indignacion que iba á romper contra su persona. Para escapar de los últimos peligros, se entregó de nuevo á la fuga, pero dejó su prisionero en San Dionisio, y de todas sus maldades no llevó mas que los remordimientos crueles de que jamás pudo deshacerse.

55. Así que los señores franceses supieron en donde se habia quedado el Emperador, acudieron de todas partes á ofrecerle su sumision; y Luis olvidando todo lo pasado, los recibió con su ordinaria bondad: hizo juntar los obispos, y quiso reconciliarse solemnemente con la Iglesia, antes de volver á tomar las insignias de la dignidad imperial. Inmediatamente después reconoció la necesidad de extinguir las reliquias de la guerra civil, que Lotario continuó solo, pero con el furor y rabia de una fiera cuando la han hecho soltar la presa. Con muertes, incendios y horribles desolaciones se vengaba en los súbditos de la obediencia para con su Soberano, la que siempre será plausible. Últimamente, cortado por todas partes, y no pudiendo esperar otra cosa á bien librar, mas que morir de hambre con todo su ejército, se resolvió por segunda vez á arrojarle á los pies de su padre, el cual, se contentó con desterrarle á su reino de Italia.

En el siguiente año de 835 convocó el Emperador un concilio en Thionville con el fin de anular canónicamente cuanto se habia hecho contra él. En él se hallan entre obispos y arzobispos hasta cuarenta y cuatro. Presidió en él con Heti de Tréveris, Dro-

gon de Metz, archi-capellan, y calificado de arzobispo por estar revestido del palio. La mayor parte de los prelados culpables se habian retirado á Italia con Lotario. Ebbon, que habia sido arrestado el año antecedente, y encerrado en la abadía de Fulda, fue llevado á Thionville, quiso desde luego disculparse con lo mismo que agravaba su delito, esto es, con la multitud de cómplices que habia seducido ó precipitado en los mayores escesos; mas como se habia pasado el acceso y la fuerza del delirio público, se vió precisado á condenarse á sí mismo, para evitar la vergüenza de ser depuesto con mayor abatimiento. Consiguieron los obispos, que por honor del episcopado se le juzgase en la secretaría sin la presencia de los legos, y allí entregó al concilio un acto de dimision concebido en estos términos: yo Ebbon, indigno obispo, penetrado de la grandeza de mis pecados, y queriendo salvar mi alma con la penitencia, renuncio á las santas funciones de obispo, las que profané; y para que se pueda dar mi plaza á otro pastor que gobierne mejor que yo la Iglesia, firmo de mi mano este acto. Leida esta declaracion en el concilio, la ratificó Ebbon de viva voz, y después pronunciaron los obispos la sentencia en estos términos: *dejad el ministerio, segun vuestra propia confesion.* Tomás de Orleans escribió el acta de deposicion, y Ebbon la firmó tambien: se remitió un egemplar al sacerdote Foulques, abad de San Remigio, electo arzobispo de Rems, pero el Emperador no le dejó ordenar hasta que tuvo el con-

sentimiento del Papa sobre la deposición de Ebbon. Parece que Hilduino, que había recobrado su abadía de San Dionisio antes de los últimos alborotos, no tuvo parte en ellos, sino que permaneció fiel al Emperador, que le había perdonado sus primeros excesos. Tampoco se duda que hicieron una penitencia egemplar otras personas virtuosas, á lo menos aquellas que se han tenido por dignas de culto público; porque la Iglesia no honra virtudes manchadas con la rebelión, por mas que se las palie con algun colorido.

El cuerpo del clero nacional, desde el punto en que se vió libre, reparó del modo mas ruidoso el escándalo que habían dado muchos miembros suyos. Todos los obispos juntos en Thionville se rindieron á toda prisa á cuanto pidió el Emperador, el que solo deseaba verlos desaprobados por escrito cuanto se había hecho contra su persona. Declararon, pues, que no solamente era injusta y temeraria la deposición de su Soberano, sino que el espíritu de sublevación había prorrumpido en aquella ocasión en una maldad no conocida en los siglos anteriores; añadiendo, que la potestad eclesiástica y la secular tenían cada una su esfera distinta, y por esto prosiguieron hablando con el Emperador, pensamos que el único medio de apartar los desórdenes es que ahora gocen los obispos del poder espiritual que Jesucristo les ha dado, y vos useis de aquella potestad que teneis igualmente de Dios en el orden político. Para restablecer al Emperador con mas solemnidad pasaron los pa-

dres del concilio de Thionville á Metz, plaza mucho mas considerable. Se cantó una misa, durante la cual rezaron siete obispos cada uno una oración diferente sobre el Emperador para reconciliarle con la Iglesia, ó por mejor decir, para quitar los escrúpulos de su conciencia timorata. Drogon, acompañado de Ebbon, que de este modo hacia una confesión de su culpa, subió al medio de la misa al púlpito, y leyó al pueblo los escritos de los obispos sobre la justificación y restablecimiento del Monarca: despues le coronaron de nuevo los prelados entre las aclamaciones de la multitud, que no sabia cómo explicar su contento. De este modo fue reparado casi tan presto como se había dado el escándalo, y fue el primer egemplar, despues de los obispos de España contra el Rey Wamba (\*), de una empresa sediciosa de parte del clero, mejor diré, de los miembros mas imperiosos de este, con pretesto de penitencia. Además de esto, se debe observar que los prelados que dieron el mal egemplo no obraban tanto como obispos, cuanto como primeros vasallos autorizados por el estado para el manejo de los mayores negocios, y aun para la elección de los Soberanos. El no mirar este derecho á buenas luces, dió lugar al extravío de tantos hombres, que eran por otra parte recomendables por su ciencia y su piedad.

56. Tal era entre otros el monge Ratberto, por

(\*) Véase lo que dijimos en el tomo ix sobre la penitencia del Rey Wamba.

sobrenombre Pascasio, según la costumbre de aquellos tiempos, que era añadir al nombre bárbaro algún sobrenombre romano (1). Le criaron los monges que servían de capellanes á las religiosas de nuestra Señora de Soissons, abrazó la vida monástica en Corbia, y llegó á ser abad. Compuso muchas obras de Religión, y el tratado de la Eucaristía hizo mucho ruido y le mereció mucha estimación, no obstante que no es obra esquisita ni de ideas singulares, sino una sencilla esposición de la fe que compuso á súplicas de su discípulo Varin, abad de la nueva Corbia, para instrucción de los jóvenes sajones que se criaban en aquel monasterio; por lo que compara su libro á la leche que se da por alimento á los niños.

No puede haber cosa mas formal ni mas exacta que lo que dice de la presencia real del Salvador en el Sacramento de nuestros altares, y del milagro de la transubstanciación. Empieza trayendo á la memoria la idea de la omnipotencia y eficacia de la divina voluntad; de donde infiere, que habiendo querido el Hijo de Dios que su verdadera carne y su verdadera sangre estuviesen en el Sacramento de su amor bajo las apariencias de pan y de vino, se debe creer sin la menor duda, que después de la consagración lo que todavía parece pan y vino, no es otra cosa que la carne y la sangre de Jesucristo, la misma que nació de la Virgen, que padeció en la cruz, y que salió gloriosa del sepulcro; que así como sin la fe no se hubiera podido conocer por Hijo de Dios al

(1) *Mabill. præf. tom. 6.*

Hijo del Hombre que padecía en la cruz, así también vemos por la misma fe la carne de Jesucristo oculta bajo las especies de nuestros alimentos ordinarios, y el gusto y las apariencias de pan y vino permanecen después de la consagración para ejercicio y mérito de nuestra fe. Añade, que este Sacramento es al mismo tiempo verdad y figura: verdad, porque realmente contiene el verdadero cuerpo y sangre del Salvador: figura, porque cuando el sacerdote sacrifica todos los días sobre el altar, nos acuerda aquel sacrificio que ofreció Jesucristo una vez en el calvario. „¿Pero cómo se obra este misterio inefable? Confieso, responde, que eso es superior á mi ciencia; solo sé que en virtud de estas palabras divinas y omnipotentes: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre,* lo que antes no era mas que vino mezclado con agua, llega á ser sangre, y la misma sangre que fue derramada por la salud del mundo.

La misma verdad sostuvo Ratberto invariablemente en otros escritos suyos. Hizo una compendiosa colección de los rasgos que se hallan esparcidos en la tradición sobre esta materia, explicó los textos oscuros, y algunos en particular de San Agustín, por otros mas claros que no admiten interpretación alguna; como aquel pasage del sermón de este padre, que hablando con los neófitos, decía: recibid en el pan lo que estuvo colgado en la cruz, y en el cáliz lo que corrió del costado de Jesucristo. Asegura que toda la Iglesia universal tiene en el punto de la Eucaristía la fe que él profesa, y así la confiesa en to-

das las naciones y lenguas: que todas las liturgias justifican lo que él da por sentado; y que las oraciones del cánon de la misa dan un testimonio muy cierto, porque se creen que son instituidas por San Pedro. Aquí no es necesario advertir, que en cualquiera tiempo y circunstancias que Ratberto diese á luz esta obra, si hubiera publicado como indisputables unos puntos de creencia en que era tan fácil convencerle y confundirle, no hubieran callado todos los pastores y todos los pueblos. ¿Habian de haber hecho tan cobardemente traicion á su fe en un punto que es el fondo del culto público, cuando la novedad no tiraba á menos que á hacer idólatra toda la Iglesia, dándola á adorar el pan material en lugar del Hijo de Dios?

57. Sobre la misma materia escribieron en aquel tiempo muchos sabios, y entre otros Haimon, obispo de Alberstat, que con la misma claridad que Pascasio atestigua la fe de la transubstanciacion (1). En su tratado del cuerpo y sangre del Señor, se lee en términos formales que la substancia ó naturaleza del pan y del vino se muda substancialmente por la operacion del divino poder en otra substancia; es decir, en la carne y sangre de Jesucristo, y es impiedad el dudarle: que el gusto y figura del pan y del vino permanecen en el Sacramento para que no tengamos la repugnancia que tendríamos en beber la sangre y comer la carne humana.

Rábano, tratando el mismo punto, y atestiguan-

(1) *Spicileg. tom. 12. pag. 27.*

do en el fondo la misma verdad, se explica algunas veces de un modo, del cual no han dejado de valerse las últimas heregias; pero en la unanimidad irrefragable de la tradicion sobre este punto, ¿qué podrán citar en su favor sino algunos testos sin conexion con otros, y de doble y equívoca significacion? Tal es en particular el pasage en que Rábano se explica en estos términos: algunos que no piensan bien sobre el Sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo, enseñan, que el cuerpo que nació de la Virgen, que padeció en la cruz, que salió vivo del sepulcro, es el mismo que se recibe en el altar. De estas palabras de Rábano sacan los sacramentarios un grande motivo de triunfo; pero el mismo Rábano los confunde, enseñando en una multitud de pasages mas claros y mas bien explicados el dogma de la presencia real y de la transubstanciacion; y así no rebate aquí estos puntos de fe, lo que pretende es que no se debe decir que el cuerpo del Salvador en la Eucaristía esté absolutamente del mismo modo que en la cruz, porque en el Sacramento no está en el estado natural y pasible como en la cruz.

58. Mayor dificultad hay en otro escrito que se atribuye comunmente al sacerdote Bertramo á Ratramo, monge tambien de Corbia, y algunos hombres ilustrados le tienen por el libro de Juan Scot, en el que Berengario bebió sus errores. A estos últimos críticos les pareció demasiado malo para poderle justificar. Los que le atribuyen á Ratramo, explicando las espresiones duras y obscuras con otras mas

claras y mas exactas, han querido decir, que el sentido que resultaba de toda la serie de la obra nada tenia que no fuese conforme al sentir católico. Pero no toca á la historia entrar en esta disputa, y así nos basta esponer los hechos; además de que el modo de pensar de un autor particular, y solo entre otros mil que le desmienten, importaria muy poco á la fe que hace nuestro objeto principal.

59. La iglesia de oriente en el imperio de Teófilo, que habia sucedido á su padre Miguel el Tartamudo desde el principio de Octubre de 829, nos presenta unos hechos mucho mas análogos á nuestro designio (1). Desde luego manifestó Teófilo gran celo por la justicia y la Religion. Él hizo florecer el comercio, favoreció á las ciencias, hermoseó la capital con suntuosos edificios; pero entregándose despues á la manía de los griegos por las disputas de religion, se declaró altamente en favor de los iconoclastas, y pasó con su persecucion mas allá que su padre; pues no solo prohibió honrar las imágenes, sino tambien hacerlas y conservarlas. Por lo cual despues de haberlas borrado nuevamente en las iglesias, y quemado públicamente las que eran mas reverenciadas, llenó las cárceles de pintores, de católicos celosos, de obispos, y sobre todo de los santos solitarios que Teófilo no podia sufrir, y así prohibió generalmente que entrasen en las ciudades y que se presentasen en el campo; de suerte, que reclusos en sus celdas y desproveidos de las cosas mas necesarias á la vida, los

(1) *Post. Theohp. lib. 2. num. 3.*

que no se fueron disfrazados á buscar su subsistencia, murieron de hambre en grande número en sus monasterios, los cuales no fueron ya sino sepulcros verdaderos. En cuanto al comun de los fieles, hasta en los lugares habia inexorables exactores encargados de oprimir con impuestos á los que no abjurasen el santo culto.

60. Con todo eso no pudo el Emperador hacer que renunciasen al culto de las imágenes su muger Teodora, ni Teoctista su suegra. Tenia él cinco hijas, á las que esta Princesa su abuela atraía con frecuencia á su casa para preservar su tierna fe de los peligros de la seducción. Ellas se la aficionaban por medio de algunos regalitos, y las exhortaba á resistir sin miedo al Emperador su padre en todo cuanto las pidiese contra el orden de Dios, que es nuestro verdadero Padre y nuestro Supremo Señor. Instruyendo de este modo á aquellas almas tiernas y dóciles, tomaba algunas imágenes que tenia en una cajita, se las aplicaba al rostro y las besaba con devoto afecto. Un dia las preguntó el Emperador, ¿cómo las recibia su abuela en casa, y qué era lo que pasaba en sus visitas de que tanto gustaban? La mas jóven, llamada Pulqueria, todo lo contó con la sencillez de una niña, mostró los regalos que habia recibido, y añadió: todavía tiene mi abuela en su cajita otras figuras mas hermosas: las coge con respeto, las pone sobre su cabeza, y las da repetidos besos. Esto le llegó al Emperador á lo vivo, mas no se atrevió á romper por el respeto que tenia á su suegra, que era muger de

juicio, de valerosa piedad, y la única que se atrevió á hacerle presente cuan odioso le hacía á todo el mundo la persecucion que habia movido; y se contentó con mandar que no fuesen sus hijas tan á menudo á la casa de esta maestra virtuosa.

61. Muchos católicos, sin hablarle con la misma libertad, resistieron con no menos eficacia á sus seducciones; y entre otros algunos monges del monasterio de San Abraham, tuvieron valor para hacerle ver en los mas antiguos padres como un San Ireneo y un San Dionisio, que la vida monástica, que él miraba con horror, estaba en gran veneracion desde los mas bellos tiempos de la Iglesia; y para probarle que desde los dias de los Apóstoles eran reverenciadas las imágenes, le citaron el retrato de la Santísima Virgen hecho por San Lucas, y la milagrosa imagen de Jesucristo que el mismo Señor habia impreso en un lienzo. Estas eran unas tradiciones populares, pero entonces estaban generalmente recibidas. El tirano no les dió mas respuesta que echarlos de Constantinopla castigados con tan crueles azotes, que poco despues murieron. Sus cuerpos aunque se quedaron por largo tiempo sin sepultura permanecieron incorruptibles, y fueron honrados como reliquias insignes.

A un monge llamado Lázaro le aborrecia mas que á todos, porque con una vida muy arreglada poseía el gran talento de la pintura; y no pudiendo ganarle con promesas ni amenazas, le hizo azotar de tal modo que caía la carne á pedazos, y no se creía que

pudiese sobrevivir (1). Pero habiéndose restablecido un poco en la prision, volvió á hacer santas pinturas. El Emperador entonces le hizo abrasar las manos con planchas de hierro encendido, y por respeto á la Emperatriz le dejaron escapar de la cárcel. Estuvo despues oculto, continuando siempre en hacer el mismo uso de su arte. En aquel retiro hizo un retrato de San Juan, que se conservó largo tiempo despues, y se hizo célebre por una multitud de curas milagrosas.

62. San Teodoro y San Teófanos su hermano, á quienes habia maltratado tanto el Emperador Miguel, fueron tambien cruelmente azotados en el imperio de Teófilo, y despues desterrados á la isla de Aphusia. Pasados dos años los hizo volver á Constantinopla, como que eran las dos personas cuya constancia deseaba con ansia vencer por ser grande su capacidad y su virtud. Cuando llegaron los encerraron en el pretorio, y seis dias despues, en el 14 de Julio, los llevaron á la audiencia del tirano, estando una multitud de cobardes aduladores al paso, diciéndoles mil injurias y maldiciones. Unos decian, ¿quiénes son estos miserables para no obedecer al Emperador? Es preciso, decian otros, que estén poseídos de los demonios mas malos; y de este modo esplicaba cada uno su insolente malignidad. A las cuatro de la tarde los introdujeron en la pieza que llamaban la sala dorada, precedidos del gobernador: inmediatamente se retiró este oficial, y los dejó con el Emperador, el

(1) *Bolland. ad 12. Februar.*

que les pareció que los miraba con mal rostro, y así le rindieron sus respetos desde lejos y temblando. Él les dijo en un tono terrible, que se acercasen mas, y despues les preguntó en qué pais habian nacido, y ellos dijeron titubeando, que en el pais de los moabitas. ¿Pues á qué habeis venido aquí? replicó en tono todavía mas espantoso; y sin esperar respuesta mandó que los azotasen. Fueron tan fuertes los golpes que les dieron en el rostro, que cayeron del todo aturdidos, y si Teodoro no se hubiera agarrado del vestido del verdugo, le hubiera este miserable roto la cabeza contra las gradas del tribunal, para hacer á su modo la corte, pero el confesor no le soltó hasta que cesó de golpearle.

Les preguntó el tirano con ferocidad, para qué habian ido á Constantinopla si no tenian su creencia. Como ellos bajasen los ojos sin atreverse á responder, se volvió muy enojado á un oficial que estaba cerca, dió algunas miradas terribles, y dijo con una voz que podia helar la sangre de horror: „cojan á esos malvados, imprímanles los versos en el rostro, y entréguenlos á dos sarracenos que los lleven á su pais.” Los versos eran doce jámbicos malos, que en substancia significaban, que Teodoro y Teófanos refugiados á Constantinopla sin haber renunciado á sus supersticiones, iban desterrados de allí como dos vasos de iniquidad, y marcados en el rostro como malhechores. Despues de leer estos versos les dijo el Emperador: „vosotros en saliendo de aquí os ireis alabando de que habeis triunfado de mí, pero yo quiero

burlarme de vosotros mientras os tengo en mi poder.” Al punto los mandó desnudar y azotar cruelmente, y durante la egecucion no cesaba él de gritar animando á los verdugos. Los confesores no dijeron mas que estas palabras: „Señor, nosotros nada hemos hecho contra vuestra Magestad: tened, gran Dios, misericordia de nosotros: venid, Virgen santa, á socorrernos.”

Despues de haberles ensangrentado todo el cuerpo los hicieron salir, pero Teófilo, tan mudable como la manía estravagante que le agitaba, mandó que volviesen á entrar; y buscando nuevo motivo de queja les preguntó, por qué se habian alegrado de la muerte del Emperador Leon. Ellos respondieron, que no habian tenido la menor conexion con aquel Príncipe, ni habian ido á Constantinopla hasta el imperio de Miguel. Volvieron á enviarlos al pretorio, y cuatro dias despues los presentaron al prefecto, el que despues de muchas amenazas les mandó que obedeciesen á Teófilo. Ellos respondieron que estaban prontos á sufrir mil muertes antes que comunicar con los hereges. El prefecto probó con las caricias despues de las amenazas, y les dijo: „comunicad con nosotros una sola vez, que yo os acompañaré á la iglesia, y despues ireis á donde os guste á gozar de vuestra libertad y de los efectos de nuestro favor.” Teodoro alentado por aquel Señor que proporciona el socorro á la necesidad, respondió sonriéndose: „esto es como si á uno se le dijera, yo no os pido otra cosa que cortaros la cabeza por una vez, y despues haced lo que qui-